

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- Camboya : la única cuestión : ¿Quién representa realmente a la población ?
- Irán : un pueblo desarmado
- La izquierda y la extrema izquierda española ante el referéndum Juan carlista
- La Argelia de Bumedíen

mensual
proletkista

editado por

lutte
ouvriere

Febrero/1979

No

60

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS



ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA



Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskyste)

Pour la construction
d'un parti ouvrier
révolutionnaire en
Martinique et en
Guadeloupe
Pour l'émancipation
des peuples de
Martinique et de
Guadeloupe
Pour la reconstruction
de la IVème
internationale

ANTILLAS

Semanaat trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año : 100 FF

Seis meses : 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac - CCP 32566 71 La Source

Correspondencia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214 - 97110 Pointe-à-Pitre - Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier - BP 80 93302 Aubervilliers



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

UNION AFRICAINE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONAUX

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año..... FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año..... FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

AVISO AL LECTOR DE LENGUA ESPAÑOLA

Esta revista se presenta bajo una forma inhabitual : en dos idiomas. Cuando se abre en este sentido, se puede leerla en español, cuando se le da la vuelta se puede leerla en inglés.

Para leerla sin dificultad, a partir de aquí, lean solamente las páginas de la derecha (el texto inglés se presenta al revés en la páginas de izquierda).

Los artículos contenidos en esta revista son traducciones de textos escritos en lengua francesa, y ya publicados en *Lutte de Classe* o *Lutte Ouvrière*.

Se ruega al lector de lengua española perdonar posibles errores de traducción.

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

✱

**Página 2 Camboya : la única cuestión : ¿Quién
representa realmente a la población ?**

Página 5 Irán : un pueblo desarmado

**Página 12 La izquierda y la extrema izquierda
española ante el referéndum Juan
carlista**

Página 21 La Argelia de Bumedien

NÚMERO 60

CAMBOYA :

La única cuestión : ¿Quién representa realmente a la población ?

Aparentemente, al entrar en Phnom Penh, las tropas vietnamitas no sólo han puesto fin al régimen de Pol Pot, sino también han suprimido, por la misma ocasión, todos los apoyos en el mundo, ya que hoy, no hay nadie para defenderlo. El embajador que ha escogido, el ex-príncipe Sihanuk, quiere desmarcarse del régimen. Incluso los dirigentes chinos han dado a entender que defienden más la independencia de Camboya que el régimen de Pol Pot.

Con toda apariencia, si las tropas vietnamitas hubiesen puesto fin al régimen sin entrar en Camboya, todo el mundo hubiera estado satisfecho.

De hecho, no parece ser que el dicho régimen Pol Pot haya beneficiado en el país, entre la población, de un gran apoyo popular. En efecto, esta última visiblemente no ha socorrido al régimen atacado por las fuerzas vietnamitas.

Al haberlo intentado, la población camboyana quizá nada hubiera impedido, ya que de todas maneras es difícil resistir a un ejército fuerte y equipado. Mas, derrota o no —ya que la victoria no es siempre imposible— se hubiera visto a la población sublevarse. Si después de la revolución cubana, el ejército norteamericano hubiera atacado a Cuba,

seguro es que las reacciones de la población cubana no hubieran dejado duda alguna sobre la popularidad del régimen castrista, incluso si a éste lo hubieran derrotado finalmente.

Tanto es verdad, además, que los dirigentes norteamericanos jamás se arriesgaron en tal aventura, salvo, mediante ex-emigrados cubanos, durante la poca gloriosa aventura de la Bahía de los Cochinos.

Y no se puede olvidar que si en Checoslovaquia, en 1968, el ejército pudo imponerse sin combate, es porque los mismos dirigentes no llamaron a la población a que luchase.

En el caso de Camboya, hasta el ejército camboyano parece haber mantenido su organización para mejor rehusar el combate, a fin, parece ser, de alcanzar lo más rápidamente posible la frontera de Tailandia.

Dicho esto, es difícil saber si las razones que llevaron a los dirigentes de Vietnam del Norte a acabar con el régimen camboyano mediante su ejército eran justificadas del punto de vista de los intereses de ambos pueblos : el de Camboya y el de Vietnam. Pero una cosa es segura : ni USA que hicieron la guerra a estos

pueblos durante años, ni Francia que lo mismo había hecho antes y que, hoy mismo, no vacila en enviar soldados en África para apoyar a tal o cual dictador, ni ninguna de las grandes naciones, que utilizan la violencia tan pronto como sus intereses están amenazados, tienen derecho en reprochárselo.

Claro, no se puede afirmar que los dirigentes vietnamitas defienden realmente los intereses del pueblo vietnamita ni, con más razón, los de los demás pueblos de esa región del mundo.

Pero sin embargo, esos dirigentes han representado durante mucho tiempo esos intereses, primero contra el imperialismo francés, después contra el imperialismo norteamericano. Los han representado valientemente, con las armas en la mano, con el acuerdo físico y moral de los pueblos de esa región. Y hoy, aún con esta intervención en Camboya y con los aspectos negativos que ésta pueda tener, es posible que todavía representen esos intereses.

De hecho, para tener derecho a la existencia independiente, todos los países ex-coloniales, tropiezan con la estrechez de las fronteras nacionales que les ha legado el imperialismo. Además, cuando la dominación colonial, el imperialismo francés había reunido Anam, Laos, Camboya, Tonkín y Cochinchina en una misma entidad, Indochina, porque les aparecía como un todo económico y social a los administradores coloniales. Y cuando la lucha de los guerrilleros vietmines obligó al imperialismo francés abandonar el sitio, éste impuso, al retirarse, la división en Estados más pequeños, esperando que esta división llevaría a que se opongan los unos a los otros esos Estados.

Desde hace mucho, los imperialismos saben que hay que dividir para reinar y que al dividir aumentan la dependencia de los países en cuestión a los que sólo aceptan dar un semblante de libertad.

Y claro que esta nueva división, suscitada por el imperialismo francés no tenía nada que ver con cualquier respeto del derecho de los pueblos. Fue al contrario un problema que siguen tratando de resolver los dirigentes vietnamitas.

Después de haber reunificado Vietnam (antes Tonkín, Anam y Cochinchina), los dirigentes de Vietnam del Norte están llevados a poner bajo su control a su vecino, Camboya. ¿Es una solución, aunque sea provisional? El futuro lo dirá. Mas los que, durante años, negaron a esos pueblos, por la violencia y las armas, el derecho a ser independientes, no tienen derecho de reprochar a cualquiera que sea el recurrir a la violencia y utilizar las armas para mantener esta independencia.

No es posible apreciar la intervención de las tropas vietnamitas independientemente de la actitud de la población de Camboya para con ella. Y todo depende, en fin de cuentas, de la manera con la cual el nuevo poder sabrá representar la población y ligarse con ella. Si el nuevo régimen no encuentra este asiento popular y si debe seguir contando con las tropas vietnamitas para mantenerse al poder, será Vietnam mismo el que se encontrará desquiciado. Pero si este nuevo régimen encuentra un asiento popular, que no tenía el régimen de Pol Pot, la intervención vietnamita habrá sido justificada, incluso si le vale al Vietnam condenaciones internacionales.

Claro, el socialismo no tiene nada que ver con todo esto.

El socialismo significaría otras relaciones entre las naciones. Significaría el respeto de los pueblos, y no el de las fronteras, y la intervención constante en los asuntos de los demás países por las vías revolucionarias.

La intervención de los dirigentes en Camboya no es por cierto esto.

Pero no es por lanzarse esos pueblos en esta vía que no debemos apoyarles en las vías por las cuales han optado ellos.

Todos los dirigentes imperialistas del mundo consideran su propia intervención como justificada cuando un jefe de Estado, incluso aborrecido por su pueblo, les pide socorro. Nosotros, proletarios, que no debemos de tener patria, consideramos que una intervención militar de un Estado extranjero puede ser justificada cuando tiene el acuerdo de las poblaciones que les piden socorro, incluso contra sus propios dirigentes. Eso es lo que debe motivar nuestras apreciaciones.

IRÁN : UN PUEBLO DESARMADO

Millares de muertos y un año de manifestaciones de masa seguidas de huelgas habrán sido necesarios para que se vaya el Sha de Irán. ¿Es definitivo esto ?, ¿prepara su regreso ulterior ? : son las preguntas que quedan sin contestar por el momento.

Por el momento, no se trata de la abdicación del Sha, abdicación que los líderes religiosos se habían dado como objetivo público prioritario, y en esas condiciones, si no se desmiente el apoyo popular del que parecen gozar, su oposición se proseguirá, contra el gobierno Bakhtiar apoyado aparentemente por los Estados Unidos.

Los elementos políticos de la situación en Irán siguen siendo fundamentalmente los mismos que los de antes de las anunciadas «vacaciones» del Sha.

Los disturbios populares que estallaron en Irán hace un año, en las ciudades de Qom, luego Tabriz, y que ocasionaron decenas de víctimas, fueron el inicio de una agitación desde entonces ininterrumpida, tomó una importancia excepcional en los últimos meses de 1978.

Sobre todo desde mediados de Agosto, cuando la población de la mayoría de las ciudades del país bajó a la calle, a pesar de una

represión militar que mató a millares de personas.

La represión del «viernes negro» (8 de septiembre) que se tradujo por 4 000 muertos, no consiguió detener el movimiento. En octubre, se desencadenó una ola de huelgas que paraliza hoy prácticamente toda la economía del país.

La duración de la rebelión popular, su vitalidad, la valentía con que afrontan los manifestantes las balas de los militares, atestiguan de la profundidad del movimiento.

Son los dignitarios religiosos chiitas, los ayatolas, quienes aparecen como los dirigentes del actual movimiento de rebelión en Irán, y entre ellos el Ayatola Khomeiny en particular. Sus llamadas a bajar a la calle y a manifestar son cada vez más ampliamente seguidas.

Su exigencia primordial, que asignan al movimiento popular, consiste ante todo en que se vaya el Sha. Se ha podido constatar que cada tentativa de este último para organizar un gobierno de coalición ha sido condenada por Khomeiny. Los hombres políticos que han aceptado colaborar en esas tentativas han sido desaprobados por los religiosos. Khomeiny permanece intransigente sobre la condición de la retirada del Sha.

Aparte esto, lo que reclaman los ayatolas, es que la jerarquía religiosa recobre el poder político, la participación a las decisiones, que la constitución elaborada en 1906 en Irán (y que prácticamente nunca fue aplicada) le otorgaba. Claro, el Islam conserva una cierta cantidad de prerrogativas y privilegios, como el de percibir un diezmo independientemente del Estado, pero la dinastía Palevi apartó sus jefes del poder político.

Ésta, instaurada en 1921-25, modernizó más o menos el país mediante el desarrollo de la burguesía especuladora, liada a nuevos sectores económicos. De esta manera los religiosos chiitas se han considerado perjudicados por la monarquía actual, y cuando reivindican la aplicación de la constitución, es en vista de recuperar su parte de poder en tanto que religiosos.

Y si la prensa occidental no tiene el sentido del ridículo al oponer los ayatolas reaccionarios al Sha «modernista», los cambios que los jefes religiosos se proponen introducir en la vida social llevan el sello reaccionario, empezando por el velo obligatorio para las mujeres.

La política de los ayatolas o de sus protegidos políticos, si llegan al poder, sera quizás diferente de la política del Sha sobre un cierto número de problemas. Pero ~~lo que~~ parece seguro, es que cuentan gobernar y llevar a cabo su política con el ejército tal como es, con el mismo Estado mayor, con los mismos oficiales que ordenan hoy el masacre de los manifestantes desarmados.

Los manifestantes iraníes siguen afrontando el ejército con los brazos desnudos. Y nadie les propone que intenten armarse. La prensa cita varios ejemplos de la crueldad de la

represión, de militares que se atacan a los hospitales mismos persiguiendo a la gente para matarles... Inversamente nunca señala casos aislados de respuesta popular. La política de los dirigentes religiosos se opone a esto manifiestamente.

Incluso, cubiertos solemnemente por el velo religioso del sacrificio millares de manifestantes bajaron a la calle en Teherán al encuentro de los militares entrenados y equipados.

Es verdad que los dirigentes religiosos convocan a manifestaciones de calle, pero sin hacer nada que pueda dar a la población la posibilidad de salir victoriosa de esos enfrentamientos con el ejército.

De estos hechos, se deduce una voluntad política: la de no hacer nada que pueda quebrantar el ejército por su base bajo la presión popular. Es del Estado Mayor que Khomeiny espera la decisión. Espera de éste que cambie de opinión en cuanto a un cambio de régimen en Irán. Ese respeto del ejército del Sha tal como es, con su mando actual, reside en el hecho que un eventual régimen de los ayatolas necesitaría también de ese ejército para instalarse y gobernar.

Está de todos modos en la lógica de los líderes, cuya bandera es la religión, negarse a apoyarse en una población en armas para alcanzar sus objetivos, negarse a deberle la satisfacción misma de sus propias reivindicaciones políticas. E incluso es verosímil que, no solamente se niegan a eso, sino que también pongan toda su fuerza en la balanza para frenar toda iniciativa que podría surgir entre los manifestantes para organizar su protección frente al ejército.

Pero en principio existe en Irán una oposición política distinta de la de los ayatolas. No solamente la oposición llamada liberal y moderada

del Frente Nacional de Karim Sandjabi : de ésta se ha podido constatar que ni siquiera tiene la intransigencia declarada por un Khomeiny acerca de la persona del Sha, ya que varios de sus representantes han hecho declaraciones conciliadoras a este respecto. Pero existe también una oposición de izquierda, un Partido Comunista (el Tudeh), y una extrema izquierda que se reclaman del marxismo.

Su peso relativo, su audiencia, no es posible medirlos desde aquí. Pero, en todo caso, no se les ve en absoluto intervenir de manera distinta a la de los ayatolas. Ninguna fuerza política aparece en Irán proponiendo a las masas populares una actitud diferente con respecto a las fuerzas represivas. Los líderes chiitas aparecen como incorporando al conjunto de la oposición iraníe tras ellos.

En cuanto a los hombres políticos del Frente Nacional, es evidente, ellos mismos han declarado unirse a Khomeiny, y subordinar toda iniciativa a su acuerdo previo.

Pero, ni por parte del Partido Comunista ni por parte de los estudiantes e intelectuales que se reclaman del marxismo, se ve una actitud diferente. Así, poco a poco, es la totalidad de la izquierda que, siguiendo a los jefes religiosos, deja a la población desarmada, inorganizada, impotente frente a un ejército cuya cumbre sigue siendo el árbitro de la situación presente y futura.

Por parte de los ayatolas como de la izquierda y de la extrema izquierda iraníes, esta actitud política de silencio y pasividad ante la cuestión del armamento y de la organización de las masas en lucha, en el marco de un movimiento de la importancia del que tiene actualmente lugar en Irán, refleja una actitud de clase : el rechazo de correr el riesgo que la

población armada quiebre el ejército, y una profunda desconfianza con respecto a las masas populares. Todas esas personas están dispuestas a enviar la población a hacerse masacrar por el ejército, pero no quieren tomar el riesgo inverso.

No es sin embargo la voluntad de lucha lo que le falta a la población de Irán. Lo demuestra en permanencia. El coraje que le permite hoy ir a enfrentar a los militares con los brazos desnudos podría seguramente permitirle encontrar en sus filas hombres resueltos dispuestos a tomar el riesgo de organizar a la población frente al ejército.

En la situación política que vive actualmente Irán, organizar a la población barrio por barrio, calle por calle, armarla, no sería seguramente una tarea insuperable.

Claro, de momento, las armas están en manos de los soldados del Sha. Pero pasar una parte de las armas de esas manos a las de la población es más un problema político que un problema técnico.

Atacar los cuarteles, incluso por sorpresa, sería por ejemplo un medio. Mostrar que las masas están resueltas, dispuestas a luchar, sería también otro medio para suscitar entre los soldados deserciones y adhesiones al movimiento popular, con armas y equipage. Todos los movimientos populares que tomaron las armas en el pasado, las tomaron de esta manera. Lo hicieron porque existía en el país organizaciones o fracciones que habían dado ese objetivo a las masas. Pero es precisamente eso lo que parece faltar en Irán.

Aparentemente, no ha surgido ninguna iniciativa de ese tipo, ni siquiera procedente de la pequeña burguesía intelectual, de los estudiantes, que sin embargo cuentan sin duda entre ellos un buen número

de admiradores de Castro, de China, de los Palestinos del F.P.L.P.

Claro que no bastaría con proponer a la población que se armara y se organizara para ser escuchados. Pero hay que constatar que de todos modos esto no parece ser el objetivo de los que estarían en mejor posición para hacerlo.

Los sublevados iraníes armados, organizada la población independientemente de las estructuras religiosas, no implicaría obligatoriamente que se dieran objetivos y consignas diferentes de los que ahora tienen. Sin embargo les permitiría, no sólo organizar su protección frente a la represión, sino también darse los medios de hacer vacilar a la masa de los soldados.

Hasta ahora, ningún sector del ejército ha pasado al bando de los sublevados, y el ejército con el cual los manifestantes tienen que enfrentarse es un ejército aparentemente unido en la disciplina.

No es extraño en ausencia de toda política que tienda a levantar a los soldados contra los que les mandan, ofreciéndoles motivos de hacerlo. Lo que se traduciría primero por iniciativas procedentes de los mismos manifestantes, por su armamento, su voluntad política manifiesta de luchar y no de componerselas con la jerarquía militar establecida.

En efecto, mientras los soldados no vean manifestantes que dispongan de la decisión y de los medios necesarios para imponer su voluntad, aunque sean numerosos, no tienen razones para considerar una eventual insubordinación frente a sus jefes.

Mientras puedan constatar al contrario un respeto general con respecto al Estado-mayor y al encuadramiento tal como son, mientras puedan tener por lo tanto la casi certitud de hallarse, después de los acontecimientos, en presencia de la

misma jerarquía, de los mismos oficiales superiores, de los mismos reglamentos, de los mismos consejos de guerra, sólo pueden acatar la disciplina.

Quizá, no se vea a la izquierda iraníe emitir declaraciones de acatamiento al Estado Mayor del Sha. Sin embargo su silencio, incluso con respecto al ejército es elocuente. Su ausencia de política en vista de la organización, del armamento de la población, es en sí una política : la que consiste en seguir, en ponerse a remolque de hombres como Khomeiny en su respeto del actual instrumento militar del régimen. Y la extrema izquierda, si existe, no hace finalmente otra cosa.

Las fuerzas políticas de la oposición pequeño-burguesa en Irán prueban a través de los acontecimientos actuales, sus temores, y su profunda desconfianza con respecto a las clases populares. Incluso si deben dejar pasar la posibilidad de ver realizarse sus esperanzas políticas, todos contribuyen a dejar el poder de decisión a los círculos dirigentes del ejército, antes que tomar en consideración el armamento de la población.

Diferentemente de lo que ocurrió en Cuba o en otros países donde se han visto surgir a grupos de hombres, procedente de la pequeña-burguesía nacionalista, que mandaban a campesinos armados, la rebelión actual en Irán se desarrolla en las ciudades. Es la población urbana de Teherán, Ispahán, Chiraz o Machad, quien manifiesta.

Y esto explica quizás aquello.

Ya que, organizar una guerrilla en medio rural no comporta a término los mismos riesgos sociales que la organización de masas urbanas concentradas y que incluyen a la clase obrera. Los dirigentes de la pequeña-burguesía nacionalista pudieron, en

ciertos casos, tomar en consideración la conquista de ciudades, encabezando tropas campesinas, pero deber su llegada al poder a una población estructurada, organizada, armada y capaz de controlar al régimen que establezcan, es otro asunto.

Revolucionarios socialistas, en cuanto a ellos, no temen el armamento de las clases populares en ninguna circunstancia. Pero es porque sus intereses, fundamentalmente, se identifican con los de los trabajadores y de sus aliados en la población pobre.

El hecho que la población iraníe en lucha se organice y se arme no conduciría automáticamente por sí, la transformación de los objetivos actuales del movimiento en objetivos socialistas. Eso exigiría mucho más: una conciencia de clase elevada del proletariado, una organización y un armamento independiente (existencia de consejos obreros y de milicias obreras) y un partido proletario revolucionario capaz de proponer, en nombre del proletariado, una perspectiva a todas las clases sociales explotadas. No se está manifestando a tal punto en Irán.

Pero, incluso en el marco del movimiento tal como es, revolucionarios socialistas propondrían —¿estarían escuchados?, es otro problema— la organización y el armamento de los que luchan. Intentarían poner fin a la matanza de millares de personas entre la población combativa y valiente, sin otras perspectivas que las de jefes religiosos que se someten ellos mismos al consenti-

miento del Estado-mayor militar.

Incluso sin salirse del marco y sobre las bases políticas actuales del movimiento sería esto para ellos una tarea prioritaria e imperativa.

Puesto que no significaría necesariamente enfrentarse de entrada con la dirección actual a nivel de las consignas y de los objetivos inmediatos. Para revolucionarios implantados en Irán, habría que definir toda una actitud política relacionada con el movimiento tal como es con su dirección religiosa.

Pero organizar la población sobre bases propias, independientes de las estructuras religiosas; armarla en vista de organizar su defensa, lo tendrían que proponer necesariamente.

Es una política que todo el mundo incluso la izquierda, se niega en proponer en Irán.

Y, eso es lo trágico de la situación. La política llevada a cabo por los actuales dirigentes del movimiento envía a los manifestantes a morir pasivamente acribillados.

Incluso si finalmente el Sha abdicara, e incluso si los nuevos dirigentes introdujeran algunos cambios democráticos que fuesen en el sentido de las aspiraciones de las masas populares, el ejército estaría aún presente, el mismo ejército que hoy muestra toda su ferocidad, y es éste quien seguiría siendo el amo de la situación.

Es éste el porvenir que la oposición iraníe, la oposición entera, prepara activamente, o en el mejor de los casos es de esto que es cómplice.

EL SECRETARIADO UNIFICADO E IRÁN

En ausencia de cualquier polo político otro que el ofrecido por los jefes religiosos, en ausencia de cualquier forma de organización autónoma de las masas populares, especialmente de los trabajadores, en ausencia misma de cualquier armamento de los sublevados que se enfrentan sin armas con los militares, siguiendo en esto la consigna de sus líderes, ¿se puede hablar seriamente de «revolución iraníe» como lo hace Rouge (el 2 de enero) o de «importante sublevación revolucionaria» como lo hace Intercontinental Press (el 18 de diciembre) ?

Analizando el movimiento, (en el número del 11 de diciembre), la revista del Secretariado Unificado declara a propósito de las luchas que tienen actualmente lugar en Irán, que si pueden ser hoy tan radicales (contrariamente a las circunstancias de una huelga de los trabajadores del petróleo traicionada por los estalinistas, en 1946), es porque los trabajadores «no tienen dirección reformista para desviar y traicionar su combate». Eso para concluir más lejos : «sin embargo, ahora, les queda por aprender a vencer. Y eso exige más que combatividad y heroísmo, más que mera ausencia de dirigentes engañosos».

Todo reside, sin duda, en el término «más que». Sin embargo, por ahora, el movimiento tiene aparéntemente una dirección en Irán, aunque sólo fuera por la ausencia de cualquier otra dirección, en la persona de los líderes

religiosos, que encabeza incluso el movimiento de huelga. Quizá nadie desvíe el movimiento de oposición, ya que parece situarse, de por sus objetivos como de por sus medios, en el terreno escogido por los jefes religiosos. Por cierto, no hay nada que reconforte en el hecho que, esta vez, las direcciones reformistas, si existen, sigan al Ayatola Khomeiny.

Para que las masas populares «aprendan a vencer», a su manera, es decir utilizando la valentía, que tanto demuestran tener, en defenderse activamente contra el ejército y en tomar ellas mismas el control de la situación, sería necesaria, incluso en el marco del movimiento tal como es, una política muy diferente que la de los jefes religiosos. Y otra política significa hombres, organizaciones que la defiendan. Aún con mayor razón, ¿sería necesaria una organización revolucionaria proletaria para que, en el seno de este movimiento, el proletariado luche por sus propios objetivos políticos !

El Secretariado Unificado, por escrito, pasa alegremente por encima de todos los obstáculos para afirmar que : «...a lo largo de los dos últimos meses, la clase obrera mostró su gran fuerza en una masiva ola de huelgas. Los trabajadores juntaron sus propias reivindicaciones económicas con la oposición política al régimen aborrecido. Una vez más, se asiste al proceso tendencial que incita la clase obrera de un país semi colonial a

tomar la dirección de la totalidad de las masas laboriosas en su lucha por la democracia y una vida mejor, y a la tendencia de esta lucha en transformarse en revolución socialista contra el capitalismo y la dominación imperialista». (declaración hecha el 21 de noviembre).

¿A qué se ve que los obreros son los que **encabezan** la rebelión actual? ¿En qué, solamente, se les ve aparecer de manera autónoma en el seno del movimiento popular, desde un punto de vista político?

¿Y cómo ver **«la tendencia de esta lucha en transformarse en revolución socialista»**, sino con las gafas del Secretariado Unificado? Cuando la población sublevada aún no ha llegado a armarse, incluso sobre la base de los objetivos limitados y nacionalistas que proponen los Ayatolas, ¡ya que no se haya ningún partido, ningún grupo político para indicarle este camino!

Esta manera de ver la revolución socialista anunciarse, de cierto modo por la voz de Khomeiny, es una manera de hacer seguidismo con respecto a este último. Se pueden encontrar otras más en las declaraciones del S.U.

La revista del Secretariado Unificado hace, a propósito del papel del Ayatola, un análisis en donde no faltan ambigüedades. En un artículo de Parvi Najafi (número del 18 de diciembre), se puede leer esto: **«Khomeiny quiere una república islámica que acabaría con todos los convenios. económicos y militares con los países imperialistas, y que confiscaría los bienes del imperialismo en Irán. LLama a que se prosigan las huelgas y manifestaciones hasta que se derribe al régimen. Y ha ordenado a la jerarquía religiosa que hiciera don a los obreros en huelga, del 50 % del diezmo que cobra. Además, se ha dirigido a los de la base del ejército para que los**

soldados se junten a la rebelión del pueblo».

¡Es poner mucho al crédito de Khomeiny que nunca dijo tanto, en particular en lo que se refiere a las relaciones que su eventual gobierno mantendría con el imperialismo!, aunque sea posible, por otra parte, que los religiosos den obolos a los huelguistas.

Más lejos, el autor del artículo deduce del hecho que las actividades de oposición en Irán hayan pasado tradicionalmente por las estructuras religiosas, por causa de la dictadura: **«En ausencia de una dirección política, las masas improvisaron sus propios instrumentos de lucha».**

En este caso, ¡se trata de reuniones en mezquitas! Citemos, por ejemplo la conclusión del artículo: **«Khomeiny, el único dirigente religioso que se oponga enérgicamente al Sha, se ha destacado en tanto que símbolo de la lucha (...) Los socialistas revolucionarios reconocen que no son sus convicciones religiosas, sino más bien su oposición irreducible al Sha, sus repetidas convocatorias a manifestaciones de masa y su llamamiento a una acción política independiente, lo que le han hecho ganar una amplia audiencia en Irán.**

La popularidad de Khomeiny nos da indicaciones sobre las condiciones existentes en vista de la creación de un partido obrero revolucionario, capaz de llevar la rebelión actual al triunfo, al establecimiento de una república de obreros y campesinos».

Si los militantes que se reclaman del Secretariado Unificado calculan las posibilidades de creación de un partido revolucionario —¡e incluso su victoria!— en función de la popularidad de Khomeiny, eso significa que están aún muy lejos de crear ellos mismos este partido, e incluso de intervenir en los acontecimientos de manera independiente.

La izquierda y la extrema izquierda española ante el referéndum Juan carlista

El referéndum constitucional del 6 de diciembre, a pesar de las abstenciones relativamente numerosas, ha dado a Juan Carlos una nueva legitimidad. Ya no es solamente rey de España por la gracia de Franco, que hizo de él su heredero (lo que además prefiere dejar olvidar discretamente). Ha llegado a ser el monarca constitucional de una monarquía parlamentaria cuyas instituciones han sido aprobadas por cerca del 88 % de los sufragios expresados, por más del 59 % del cuerpo electoral, si se tienen en cuenta los 32 % de abstenciones.

Con la entrada en vigor de esta constitución, un capítulo de la historia de España acaba de cerrarse : el del post-franquismo, el de la transición entre la dictadura y el parlamentarismo. Y todos los partidos parlamentarios se han dado la mano para sostener la nueva Constitución en la pila del bautismo, llamando a votar «sí» unánimemente lo que le ha valido el ser bautizada «la consentida».

Pero en materia de consentimiento, fue el de los partidos de izquierda el que ha sido dado más fuertemente, con menos reticencias. Incluso ha sido para los líderes de esta izquierda un motivo de enorgu-

llecimiento durante toda la campaña electoral. Así es como el primer secretario del Partido Socialista, Felipe Gonzalez, declaró en uno de sus mítines : *«En las Cortes existen grupos parlamentarios a nivel de todo el Estado que se pueden reducir a cuatro : dos en la izquierda, dos en la derecha. Sólo los dos grupos parlamentarios en la izquierda, el PSOE y el PCE, han dicho un «sí» unánime a la Constitución. Ni siquiera el partido del gobierno, que posiblemente quiere presumir de ser el padre y la madre de la Constitución, ha conseguido que sus diputados y senadores sean unánimes al decir «sí» a la Constitución, y mucho menos Alianza Popular»* (la oposición parlamentaria de derechas) *«Estos dos partidos (el PSOE y el PCE) han valorado la Constitución y han dado un «sí» unánime a una constitución que tiene el valor que tiene y que nadie podrá arrancar nunca, por mucho que nos critiquen.»*

Personas malintencionadas podrían, claro está, hacer observar que desde el estricto punto de vista de la aritmética electoral, el papel de la izquierda en la victoria del «sí» no es evidente, puesto que entre el referéndum sobre la «reforma política» de Diciembre de 1976 (en el que el

Partido Comunista y el Partido Socialista llamaban a la abstención) y el de Diciembre de 1978 (en donde han entrado activamente en campaña para la adopción del proyecto constitucional), las abstenciones han aumentado del 8 %, y el «sí» ha retrocedido del 7 %. Pero la diferencia entre los resultados de los dos referendums Juan carlistas viene esencialmente de que el resultado del último no dejaba verdaderamente lugar a dudas (dada la unanimidad de los partidos parlamentarios), así como también de una cierta decaída del interés por las cosas políticas. Las pretensiones del PCE y del PSOE en haber sido los mejores artesanos del «sí» no están completamente desprovistas de fundamento, puesto que —si no es posible separar en las urnas los «sies» de izquierda y los de derecha— es de todas formas significativo que las provincias que votaron más a la izquierda en las elecciones generales de Junio de 1977, se encuentren hoy entre las que han dado el mayor porcentaje de «sies» y de índices moderados de abstenciones.

Sólo que, desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera, la política del PCE y del PSOE, aunque sus consignas de voto hayan sido seguidas por la mayoría de los trabajadores, no es algo de que puedan enorgullecerse esos partidos.

LA ADHESIÓN DEL PCE Y DEL PSOE A LA MONARQUÍA

Que la gran mayoría de los trabajadores hayan dado su «sí» a la Constitución, es algo perfectamente comprensible. Haciéndolo creían votar por la democracia y contra la dictadura. Y esa es justamente la trampa que les tendía Juan Carlos y la burguesía española, deseosos de

obtener así, el uno para su persona, y la otra para las instituciones a través de las cuales ha escogido ejercer su poder, el consentimiento solemne de la población laboriosa.

En esas condiciones, el papel de partidos verdaderamente apegados a la defensa de los intereses de los trabajadores, hubiera sido denunciar esa trampa, explicarles el mecanismo. Pero el PCE y el PSOE demasiado contentos de verse al fin admitidos por la burguesía española a participar en su juego político, se han preservado de hacerlo. Han olvidado que se autocalifican el uno de socialista, y el otro de comunista. Incluso han olvidado que durante decenias, se han hecho llamar «los republicanos», para acabar llamando a que se apruebe una constitución monárquica.

He ahí además lo que juzga a esos partidos. Durante tres años, de 1936 a 1939, llamaron a los trabajadores de España a combatir por la defensa de la República. El PCE y el PSOE afirmaban entonces que los campesinos no debían luchar por la tierra, que los obreros no debían luchar por las fábricas, porque la revolución social no estaba al orden del día, y que lo que era importante, a lo que justamente había que sacrificar las reivindicaciones de los obreros y de los campesinos, era la defensa de la República. Centenas de miles de trabajadores españoles han muerto por esa república, al llamamiento del PCE y del PSOE. Y hoy los dirigentes de esos partidos dicen que finalmente el problema de la República no tiene importancia, y que hay que votar en favor de la Constitución monárquica. ¿De quién se burlan pues?

Claro está, los revolucionarios socialistas no oponen los términos abstractos de «república» y de «monarquía». Hay y ha habido,

«repúblicas» más reaccionarias que muchas monarquías. El término «república» ha significado con más frecuencia en la historia el poder de las clases dominantes que el de los trabajadores. Pero lo que es seguro, es que por definición la monarquía no puede ser más que el reino de los poseedores. Y la adhesión del PCE y del PSOE a la monarquía es un símbolo de su vasallaje (mucho más antiguo) al orden social capitalista.

Sin embargo, naturalmente, no es ensalzando la monarquía que los grandes partidos de la izquierda española se han empleado en convencer a los trabajadores de votar «sí». Si Santiago Carrillo no deja de repetir a quien quiere oírle que *«el rey ha desempeñado un papel importante en el proceso democrático»*, los dirigentes del PSOE, en la materia son más reservados. Y de todas formas el Partido Comunista como el Partido Socialista han apoyado lo esencial de su argumentación a la necesidad de defender «la democracia».

LA CONSTITUCIÓN, LA DEMOCRACIA Y EL EJÉRCITO

En un artículo publicado durante la campaña electoral en el órgano del PSOE *El Socialista*, Felipe Gonzalez escribía por ejemplo : *«La alternativa hoy es la Constitución o la dictadura ; cualquier otro planteamiento es falso, pues la Constitución es el único camino de la democracia»*. Y el mismo Gonzalez se exclamaba, más lírico en sus mítines : *«¡No quiero que mi pueblo llore la Constitución sin que ésta haya nacido !»*

Ese espectro de las amenazas que pesan sobre las libertades democráticas, Carrillo también lo ha utilizado

ampliamente : *«Ha habido ya muchas provocaciones contra la Constitución. Ha sido derramada, la sangre de dos respetables jefes del Ejército, de numerosos agentes de orden público, de no pocos trabajadores (...) Lo que sí tenemos que asegurar frente a esos intentos destabilizadores, es que, el día en que se les llame a pronunciarse en las urnas, los españoles vayan (...) a votar masivamente el ¡sí ! a la Constitución, que es el sí a la libertad, la democracia y la paz civil entre los españoles»*.

Algunos días antes del referéndum, el mini-complot militar que la prensa española ha llamado «la operación galaxia», (del nombre de la cafetería donde, parece ser, fue tramado) llegó a tiempo para nutrir la campaña de los partidarios del «sí». Pero emplearse en convencer a los trabajadores que el mantenimiento o no de las libertades democráticas existentes depende de la adopción o no de un texto constitucional, es precisamente un medio de atarles las manos, ante un eventual golpe de fuerza del Ejército o de la extrema derecha.

Claro, el peligro de ver al ejército español, o a fuerzas de extrema derecha, intentar poner en pie una dictadura abierta, suprimiendo las libertades democráticas más elementales y prohibiendo las organizaciones obreras, no es nulo. Pero tampoco es propio a España. Y no bastaría con un trozo de papel constitucional para conjurarlo.

El peligro de regreso a una dictadura militar en España, no proviene tanto de su pasado franquista como del hecho de que la monarquía Juan Carlista, como todos los sistemas parlamentarios burgueses, e incluso los más democráticos, dispone de un ejército y de una policía, que la burguesía

puede, de la noche a la mañana, en función de sus intereses, utilizar contra los trabajadores.

El hecho de que el ejército y la policía españoles actuales tengan la experiencia de la dictadura, que hayan guardado con la extrema derecha lazos quizá más numerosos y más oficiales que en otras partes, acaso les facilitaría las cosas, pero nada más. Los ejércitos franceses, alemanes, o ingleses (de más antigua tradición «democrática») sabrían también perfectamente desempeñar ese papel si su burguesía se lo pidiera.

Además es siempre —y con razón— con ejércitos «democráticos» que se hacen los ejércitos de golpe de Estado. La España de 1936 (que tenía por lo tanto una constitución) ha sido una sangrienta demostración. La de 1979 no está más protegida de tal tentativa, que lo estaba hace algunas semanas, ahora que la Constitución ha sido adoptada por referéndum y que el rey ha prestado juramento de observarla y hacerla respetar.

Una tentativa sería de golpe de Estado militar no es además nada probable a corto o medio plazo, porque la relativa rapidez con que se ha realizado desde la muerte de Franco el proceso de liberalización, la debilidad de las resistencias visibles que este proceso ha encontrado, parecen probar que la política seguida por Juan Carlos corresponde a los deseos de la burguesía española. Además, viendo como los partidos obreros y las confederaciones sindicales reformistas se han empleado en hacer aceptar a la clase obrera la política de austeridad de Suarez, la burguesía española no tiene ninguna razón de lamentar su opción, pues la colaboración de las organizaciones obreras reformistas le ha permitido sin duda atravesar

los tres últimos años de crisis económica con menos problemas de los que hubiera tenido intentando mantener un régimen de dictadura después de la muerte de Franco.

La burguesía española sólo renunciaría al sistema parlamentario que se ha dado al serlo obligada por un cambio de la situación política. Pero si lo hiciera, el peligro para los trabajadores no residiría únicamente en algunos nostálgicos del franquismo que manifiestan de vez en cuando con el brazo en alto, no residiría únicamente en algunos oficiales y suboficiales abiertamente partidarios del regreso a la dictadura que abuchean ocasionalmente a Suarez o su ministro de las fuerzas armadas, el general Gutierrez Mellado, o que proyectan vagos complotos del tipo de la «operación Galaxia». Si la burguesía española tuviera motivos para renunciar a sus opciones políticas que hizo en 1975-1976, el peligro esencial para la clase obrera radicaría en el ejército en su conjunto, en todos los oficiales, empezando por los que hoy se nos presenta como partidarios de la «reforma política». Y no es el texto de la Constitución adoptado por referéndum el 6 de diciembre el que sería un cualquier socorro a los trabajadores españoles, muy al contrario, pues sólo serviría para entretejer sus ilusiones legalistas.

¿PARA QUÉ SIRVEN LOS REFERENDUMS CONSTITUCIONALES ?

En esto reside el timo que constituía ese referéndum. Si Juan Carlos y Suarez le han pedido al pueblo español que vaya a las urnas el 6 de diciembre, no es porque necesitaban de su acuerdo para aplicar la nueva constitución. Además, en los hechos, el régimen previsto en los

textos constitucionales, hace ya más de dieciocho meses que está funcionando, desde las elecciones de Junio de 1977. Lo que Juan Carlos y Suarez buscaban mediante ese referéndum, más allá del fortalecimiento de la corona, era convencer a los trabajadores de España del hecho de que, en adelante, si estuviesen descontentos sería a través de ese nuevo marco institucional por el que deberían intentar hacer oír sus aspiraciones, sus reivindicaciones, votando bien, eligiendo buenos diputados y buenos senadores.

A eso sirven los referendums constitucionales. Las burguesías de todos los países, incluso de aquellos que tienen las más sólidas tradiciones democráticas, entretienen un ejército, una policía, equipados, entrenados, listos para intervenir contra las masas laboriosas si el caso se presenta. Pero al mismo tiempo, se emplean en intentar convencer a los trabajadores de que los textos constitucionales son sagrados porque han sido adoptados al sufragio universal, y que todos los ciudadanos deben respetarlos, pase lo que pase, tanto los que los aprobaron como los que votaron en contra.

Es precisamente en nombre de esto que el 18 de julio de 1936, el gobierno republicano de Casares Quiroga llamaba a los trabajadores a que se fiaran de él remitiéndose a él, en el preciso momento en que se desarrollaba el putch militar. Fusiles para la burguesía, boletines de voto para los trabajadores, tal es el reparto trucado de los poderes que los referendums constitucionales están encargados a la vez de disimular y enterinar.

Es por eso que la cuestión que se planteaba a las organizaciones que se reclaman de la clase obrera, en España, el 6 de diciembre, no era

realmente la del contenido de los textos constitucionales. La adhesión del PCE y del PSOE a la monarquía de Juan Carlos es significativa de su política. Pero si, en lugar de eso, hubieran, dicho «sí» a una constitución republicana, más democrática que ésta, habrían traicionado de la misma manera los intereses de los trabajadores. Claro, la dominación de la burguesía puede tomar formas muy diferentes, de la dictadura abierta al más liberal de los parlamentarismos. Puede ejercerse a través de marcos institucionales muy diversos, y que se trate del uno o del otro no puede dejar indiferentes a los trabajadores. Éstos, están en mejores condiciones para educarse y organizarse en el marco de un régimen que respeta, aunque sea formalmente, cierto número de libertades democráticas. Pero aunque dulcificada, disimulada por el parlamentarismo, la opresión de la clase obrera sigue siendo opresión. Y el deber de las organizaciones proletarias nunca fue el de proclamar a propósito de tal o cual constitución burguesa, por democrática que fuera : ¡He aquí el régimen en el que queremos estar explotados !

Al llamar a los trabajadores de España a decir «sí» al proyecto de Constitución de la burguesía española, el PCE y el PSOE han demostrado que los intereses que defienden son fundamentalmente los de la burguesía y no los de los trabajadores.

UNA EXTREMA IZQUIERDA DIVIDIDA

Pero si los partidos obreros reformistas desempeñaron un papel poco glorioso, ¿defendió la extrema izquierda una política susceptible de esclarecer el verdadero enjuego del referéndum constitucional ?

Una parte de esa extrema izquierda se ha alineado lisa y llanamente sobre las posiciones del PCE y del PSOE, y ha llamado a votar «sí» al referéndum. Se trata esencialmente de dos organizaciones maoístas (y no de las menores), el Partido del Trabajo (PTE) y la Organización Revolucionaria de trabajadores (ORT). Los argumentos de estos grupos casi no difieren de los reformistas.

En el número del 16 de noviembre de *En Lucha*, órgano de la ORT se podía leer : «*Nosotros votamos «sí» a la constitución fundamentalmente porque esto supone, un «no» rotundo al fascismo, porque equivale a consolidar la democracia, y porque permite que el pueblo avance*».

El mismo número de *En Lucha*, además, publicaba una carta de un militante de la ORT, condenado algunas semanas antes por el consejo de Guerra de Pamplona a un año de cárcel bajo la acusación de haberse sonado en una bandera española, y privado por este hecho de sus derechos cívicos, bajo el título : *No me permiten votar «sí»*.

La mayor parte de la extrema izquierda española ha condenado enérgicamente a los que en esta ocasión llamaban a los trabajadores a votar «sí», los unos llamando a votar «no», los otros llamando a la abstención. Pero para los unos como para los otros, al hacer eso se trataba de «*rechazar la constitución*», a causa de sus insuficiencias o de sus defectos.

EL CAMINO SEGUIDO POR LOS PARTIDARIOS DEL «RECHAZO DE LA CONSTITUCIÓN»

El camino seguido por esos grupos ha sido idéntico al de los partidos reformistas. Mientras que

estos últimos se empleaban en subrayar todo lo que la nueva constitución contiene de positivo (y en relación a la situación anterior de España, no es difícil encontrarle montones de cualidades), los grupos de extrema izquierda partidarios de «rechazarla» se dedicaban a poner en evidencia todos sus rasgos reaccionarios (y también contiene una buena cantidad). Para explicar a continuación que era necesario votar «*no a la constitución monárquica, no a la constitución borbónica*», o bien llamar a la abstención, como los maoístas del *Movimiento Comunista*, afirmando la necesidad de no dar «*ningún voto de izquierda para una Constitución de derecha*».

Mas toda esta argumentación dejaba entender que en otras circunstancias los grupos en cuestión hubieran podido llamar a votar «sí» en un referéndum constitucional, si se hubiera tratado de una Constitución «*republicana*», «*de izquierda*», o «*democrática*».

Es palpable por ejemplo en un comunicado (publicado en el diario barcelonés *Mundo Diario* del 25 de Noviembre) de la Organización Comunista de España (que es en cierto modo la homóloga española de la OCT francesa). Ese comunicado después de afirmar muy justamente : «*Las Constituciones que rigen en los países capitalistas son en realidad un conjunto de normas generales, destinadas a defender el orden «democrático-burgués*», declara más lejos : «*Ante el próximo referéndum, planteado en los confusos términos de «pasado franquista o Constitución*», llamamos a los trabajadores a la más amplia abstención. No estamos contra los referendums, al contrario hoy seríamos partidarios de que esta Constitución habría que votarla muy concretamente poniendo a elección popular que se quiera si

monarquía o república, autonomías limitadas o autodeterminación, libertades continuamente reprimidas o amplias libertades políticas y sindicales. Votar «sí» a la constitución es aceptar el recorte de nuestras libertades y derechos, rechazar esta Constitución, es favorecer la movilización popular por la conquista de la plena democracia y del socialismo».

Como se ve, el «rechazo de la Constitución», en nombre de sus insuficiencias democráticas desemboca rápidamente en un democratismo que no tiene nada que ver con la política revolucionaria.

Pese a sus referencias al trotskismo, la LCR (sección española del Secretariado Unificado) no es menos ambigua sobre este punto que las corrientes maoístas o maoizantes opuestas al «sí».

NO HAY BUENAS CONSTITUCIONES BURGUESAS

De esta manera en su número del 26 de octubre, *Combate*, órgano de la LCR, asume la posición de militantes de Comisiones Obreras que escribían: «*De existir un rechazo masivo a la Constitución, exigiría de inmediato la convocatoria de unas elecciones a Cortes Constitutivas, que abriera las puertas a una Constitución que asegurara las plenas libertades democráticas, nacionales y sindicales, y no cerrara el paso al socialismo*».

Es la misma posición que se encuentra en la entrevista de un dirigente de la LCR, Jaime Pastor, publicada en el semanario *Interviú* en su número del 7 de diciembre. A la cuestión: «*¿Qué hubiera sucedido si no se aprueba la constitución como ustedes pretendían?*» Pastor respondía: «*En ese caso, se hubieran visto obligados a convocar nuevas elec-*

ciones generales para redactar otro proyecto de Constitución (...) Tal vez mereciese la pena, porque es muy posible que saliera un texto más digno (...) si la izquierda actuaba con más firmeza, no habría extraños pactos, ni reuniones secretas, ni cenas de consenso. Con la experiencia anterior, sería más fácil superar los errores y actuar con más agilidad». Y Pastor vuelve sobre el tema más lejos: «*Si la izquierda parlamentaria no hubiera apoyado sistemáticamente al gobierno (pactos de la Moncloa, Constitución, etc.) y si hubiera adoptado una actitud de oposición firme y unitaria frente a UCD, hoy creo que tendríamos una constitución democrática*».

Así, está claro que para la LCR, el problema no era el de rechazar o caucionar el establecimiento de las instituciones burguesas, pero el de rechazar solamente esta constitución, ese proceso constituyente, en nombre de una posible mejor constitución, de un proceso más democrático. Es una lógica profundamente reformista, y que sólo se distingue de la política del PCE y del PSOE por el reproche de no haber sido un poco más firmes, un poco más de izquierda.

La decisión de la mayor parte de los grupos de extrema izquierda española de llamar a votar «no» en ese referéndum va, además, en el mismo sentido. Pues votar «no», si es evidentemente más digno que votar «sí», era, pese o todo, aceptar de participar en el juego del referéndum, era caucionar el timo fundamental que éste constituye.

El problema que se planteaba el 6 de diciembre a los revolucionarios españoles, no era tanto justamente rechazar esta Constitución (que no es en definitiva algo más o algo menos democrática que las de los demás países en donde existen

regímenes parlamentarios), que explicar claramente a los trabajadores en qué el juego estaba trucado, en qué los dados manipulados. Era el de llamar a rechazar la trampa del referéndum.

Pero el problema no era solamente el de llamar a la abstención, pues los grupos que han adoptado esta posición, al desarrollar fundamentalmente la misma argumentación que los partidarios de extrema izquierda del «no», tampoco han contribuido a elevar el nivel de conciencia de la clase obrera.

La abstención, o mejor aún el boicot, era la única actitud justa posible ese día, para organizaciones que se sitúan verdaderamente en el terreno de los intereses de clase del proletariado, pero explicando claramente a los trabajadores que su interés era de negarse a caucionar la puesta en pie de instituciones a través de las cuales la burguesía española quiere, en adelante, ejercer su dominación. Y que sería necesario hacerlo incluso si esas instituciones fueran infinitamente más democráticas de lo que son.

EL SEGUIDISMO DE LA EXTREMA IZQUIERDA, CON RELACIÓN A LOS REFORMISTAS

Claro, en sus textos programáticos, la LCR explica que no hay que cultivar ninguna ilusión sobre el parlamentarismo, sobre las instituciones y las constituciones burguesas. ¿Pero de qué sirve eso?, si en sus tomas de posición públicas cultiva esas mismas ilusiones. Y no es por cálculo pedagógico erróneo, para ser mejor comprendida de los trabajadores —como sin duda lo explican a sus militantes— que los dirigentes de la LCR (como los de la mayoría de los grupos de extrema izquierda, en España o en otras

partes) llevan a cabo esta política. Es por seguidismo con respecto a las organizaciones reformistas. Es para poder dirigirles proposiciones que con un poco de suerte éstas podrían aceptar.

A eso precisamente corresponden las críticas que les reprochan su falta de «firmeza», o que evocan la posibilidad de «superar los errores y actuar con más agilidad», como si el problema fuese que Carrillo y Gonzalez no hayan tenido bastante firmeza de carácter, o que hayan dado prueba de torpeza; como si el problema no fuese que el PCE y el PSOE hayan pasado desde hace mucho, fundamentalmente, del lado del orden burgués.

Entonces claro que es necesario que las organizaciones revolucionarias tengan una política en dirección de los militantes y de los trabajadores que confían en las organizaciones reformistas. Y defender una política revolucionaria no consiste evidentemente en proponer a las organizaciones reformistas solamente objetivos que se sabe inaceptables para ellas. Pero tampoco consiste en renunciar a defender abiertamente sus opiniones sobre un problema tan crucial como el del Estado, porque éste era el problema de que se trataba. El problema del Estado, es precisamente aquél sobre el cual existe la diferencia fundamental entre reformistas y revolucionarios. Y cuando se propagan ilusiones sobre el Estado, se sale uno precisamente del terreno de la política revolucionaria.

Sin duda, si la extrema izquierda española hubiera defendido otra política no hubiera cambiado gran cosa actualmente, ni en los resultados del referéndum, ni siquiera en el nivel de conciencia de los trabajadores. Por una parte porque la

audiencia de esta extrema izquierda es limitadísima ; y por otra, porque hacer penetrar las ideas revolucionarias en la clase obrera no es una mera cuestión de propaganda, y aún menos de «pedagogía», sino que depende ante todo del nivel previo de conciencia y de combatividad de los explotados.

Pero más grave aún es lo que el seguidismo de la inmensa mayoría de los grupos de extrema izquierda con respecto a los reformistas (en España como en los demás lugares) significa para el futuro, para el día en que los trabajadores entrarán en lucha para la defensa de sus propios intereses de clase.

LA ARGELIA DE BUMEDIÉN

Una verdadera marea humana sumergió Argel durante el entierro de Bumedién. A pesar de todas las precauciones tomadas por las autoridades que deseaban evitar un entierro «a la Nasser»; a pesar del establecimiento de un importante dispositivo de policía; a pesar del programa establecido que limitaba la participación a las delegaciones organizadas, la muchedumbre estaba presente. Rompió los cordones policiacos, sumergió los militares que trataban, en vano, de canalizar a porrazos y cinturón a las mujeres, a los hombres que habían venido para acompañar el ataúd del difunto jefe de Estado.

Esas muchedumbres en fervor, al igual que esos cañones de agua y esas porras para mantenerlas a distancia del ataúd y de las autoridades del régimen, son más que un símbolo.

Allende las condiciones de su accesión al poder, Bumedién había representado para la población la lucha de independencia nacional, el fin de la humillación colonial y el sentimiento de la dignidad recobrada frente a la antigua metrópoli. Al rendir homenaje a Bumedién es, de cierta manera, a sí mismo, a sus propias luchas del pasado, que el

pueblo de Argel ha rendido homenaje.

Pero lo que Bumedién representó, lo representó en tanto que jefe de un régimen bonapartista, incontrolado e incontrolable; capaz de servirse de los sentimientos populares pero desconfiándose profundamente de ellos.

La naturaleza del régimen argelino no es diferente de la de los demás países del Tercer Mundo: si es popular, no es en nada democrático. Sin derecho de huelga ni libertad de prensa o de asociación, y es la clandestinidad, la cárcel o el exilio para los opositores en Argelia, cuando no es el asesinato. Aunque haya desde hace más de dos años una «Carta nacional», una nueva constitución desde Noviembre de 1976, un presidente elegido 11 años después del golpe que le llevó al poder (Diciembre de 1976), una «asamblea nacional popular» elegida al sufragio universal desde febrero de 1977, el régimen argelino no es más que una dictadura, a pesar de todos esos atributos del parlamentarismo.

Ni los obreros ni los campesinos pueden discutir las orientaciones de la política argelina ni escoger los que les gobiernan. A lo sumo tienen derecho de aclamarlos de lejos. Se toman las decisiones en un círculo

limitado de dirigentes, e incluso las toma un solo hombre, como antes de la muerte de Bumediën.

Dieciseis años después de los convenios de Evian, el Estado argelino se estructuró y se consolidó conforme a los objetivos que se habían fijado los nacionalistas del F.L.N. que encabezaron la lucha por la independencia. Querían construir un Estado nacional argelino y tratar de hacer vivir y desarrollar si fuese posible su país sobre las mismas bases burguesas. Pero trataron de hacerlo en un país subdesarrollado, cuya economía estaba profundamente deformada por un siglo de dependencia colonial, donde la burguesía de origen era raquítica y en todo caso, no controlaba ningún sector clave de la economía, y eso en un mundo dominado por el imperialismo. Trataron de hacerlo sirviéndose de su aparato de Estado para jugar sobre el equilibrio entre potencias imperialistas y a veces entre éstas y la Unión Soviética, a fin de hacerse una buena situación pero sirviéndose también de ese aparato de Estado para imponer a los trabajadores y a los campesinos argelinos una política de austeridad y de sacrificios.

UN RÉGIMEN BONAPARTISTA EN UN ESTADO BURGÜÉS

Otros países subdesarrollados han tratado y logrado escaparse de la influencia política directa del imperialismo, dotándose de un aparato de Estado independiente. En todos estos países, el motor del desarrollo económico, por eso que haya un mínimo de desarrollo, es siempre el Estado, ya por el simple hecho que la burguesía local es demasiada débil para encargarse de sectores

económicos claves sin embargo indispensables. Su debilidad la condena a mantenerse en la sombra de su aparato de Estado, y a pasar por sus servicios. No solamente estas burguesías no pueden ser el motor de un cierto desarrollo económico, pero constituyen a menudo un freno por su lado parasitario, por el hecho que se incrustan en los aspectos retrógrados de la sociedad del país subdesarrollado (usura, formas comerciales atrasadas, grandes propiedades agrícolas, etc.).

Y es por eso que los nacionalistas los más radicales, es decir los representantes políticos los más radicales de una evolución burguesa de su país, en algunos de los países que habían conquistado el derecho a la independencia política con respecto al imperialismo, tuvieron que apoyarse en el consenso popular de que benefician, para atacarse, a veces violentemente, a su propia burguesía. Que lo hayan hecho por opción política previa o por las circunstancias, poco importa.

El Vietnam de hoy nos da un ejemplo cuando expropia incluso por la violencia la burguesía comerciante de Cholon.

El régimen argelino nunca optó por esto. Desde el principio, trató de arreglarse con la burguesía argelina, de manera a permitirle vivir su vida, aunque fuera en detrimento del desarrollo del país. La burguesía argelina, aunque débil, está físicamente presente. Los sacrificios impuestos a los obreros y a los campesinos argelinos no lo están o al menos no solamente, en la perspectiva del desarrollo de una economía nacional como lo pretenden los dirigentes argelinos. Lo que sería de todos modos una perspectiva totalmente burguesa. Pero en el interés de un cierto número de

burgueses de carne y hueso.

Y es porque tenían esos objetivos que los dirigentes del F.L.N. desde el comienzo de la lucha de independencia, no han tolerado la menor oposición, ni la menor discusión. No querían que al día siguiente de la independencia otros intereses pudieran expresarse y hacer obstáculo a los del desarrollo de un Estado nacional burgués. Frente al imperialismo, les hacía falta la energía de los trabajadores y de los campesinos para conquistar y conservar el derecho a la existencia de ese Estado, pero era necesario que esa misma energía fuese canalizada para servir los objetivos profundamente extranjeros a los intereses fundamentales de las clases explotadas argelinas. Y por eso, el F.L.N. eliminó sistemáticamente toda oposición que fuera política o simplemente representara sobre la base de un mismo programa político un posible aparato rival. Y así es que, para no enfrentarse con el F.L.N., el Partido Comunista Argelino, se disolvió prácticamente y que el movimiento de Messali Hadj, el M.N.A., fue liquidado físicamente por el asesinato de sus militantes. Y es todavía así que guerrillas disidentes o militantes fueron eliminados con los mismos métodos.

Al día siguiente mismo de la independencia, la carrera al poder empezó entre los dirigentes del F.L.N. para llegar a la selección de un árbitro supremo. En un primer tiempo los principales dirigentes se enfrentaron en dos grupos, el «Grupo de Tlemcen» con Ben Bella, Bumedién, Khider y Ferhat Abbas, y el Gobierno Provisorio de la República Argelina (G.P.R.A.), instalado en Julio del 62 con Ben Khedda, Krim Belkacem y Budiaf. Los primeros, apoyándose sobre el Ejército de las Fronteras dirigidas

por Bumedién, marcharon sobre Argel de la cual se apoderaron después de algunos combates con los guerrilleros del interior, en particular los de la Wilaya IV, que mataron de 2 000 a 3 000 personas.

Ben Bella al poder por la gracia de Bumedién depuró el F.L.N., liquidó a la Federación de Francia, puso en cintura la U.G.T.A. (el sindicato argelino vinculado al F.L.N.), y de una manera general suprimió todo lo que hubiera podido llegar a ser un canal por el cual la menor oposición pudiera expresarse. Después eliminó uno a uno sus posibles rivales entre los otros dirigentes del F.L.N., hasta que Bumedién que tenía vara alta en el ejército en el cual se apoyaba, decidiera a su vez eliminarlo en 1965. El régimen bonapartista encontró en Bumedién un hombre que gobernaría exclusivamente hasta su muerte.

Gozando de cierto consenso social, el poder así instaurado pudo poner en aplicación su programa, y dieciseis años después de la independencia, es posible ya estimar los resultados. Argelia ya no es lo que era para una cierta extrema izquierda, en particular el Secretariado Unificado, que veía en ella un modelo de socialismo. Pero sigue siendo un modelo para muchos nacionalistas del Tercer Mundo que sueñan con sustraer su país de la influencia del imperialismo. Además, al mismo título que un cierto número de países que después de la segunda guerra mundial supieron ganar su independencia. Esas opciones políticas, sus posiciones internacionales como su política interior, no le son ordenadas hasta ahora por ninguna potencia extranjera. En este terreno, el de la independencia política, el nuevo Estado coincide a la espera de las masas argelinas que lucharon para conquistar su dignidad nacional, y que pagaron por un

millón de muertos y terribles sufrimientos.

Sin haber roto sus relaciones con la antigua potencia colonizadora, Argelia se mantiene a distancia con Francia en el plan político. Mantiene relaciones con los países del Este sin haberlas roto con los del Oeste. También con China. En muchos países del Mundo Árabe y de África, está considerada como defensora de los intereses comunes. Acerca de algunos movimientos de liberación nacional que encuentran amparo en Argel, representa uno de los líderes de la lucha anti imperialista.

Pero para permitir la consolidación y el fortalecimiento de una burguesía nacional bastante fuerte para que sea tomada en consideración por las burguesías de las grandes potencias, el camino seguido por los nacionalistas argelinos no se revela más eficaz que el de las otras tentativas del mismo estilo.

LA CONQUISTA DEL CONTROL DE LOS RECURSOS EN PETRÓLEO ... Y SUS LÍMITES

Las dificultades del régimen argelino para intentar obtener algún poder sobre su petróleo —su riqueza principal y su producto de exportación casi único— ilustran las dificultades que tiene el Estado argelino en dar una base económica mínima a su independencia política.

Después de la proclamación de su independencia, Argelia no se encontró en seguida dueña de las riquezas petroleras de su subsuelo. Para eso se tuvo que llevar una lucha empírica contra el imperialismo francés, cuyas modalidades y cuyo ritmo los impusieron tanto la perspectiva nacionalista de los dirigentes argelinos de recobrar el patrimonio

nacional, como la actitud de los gobiernos franceses, a la que influenció la competición con las sociedades norteamericanas.

Antes del fin de la guerra, en 1961, el imperialismo francés había intentado resolver el asunto argelino proponiendo un arreglo que separaba el Sahara y sus riquezas petroleras del resto de Argelia. El F.L.N. había rehusado categóricamente, ya que contaba con las ganancias del petróleo para apoyar el establecimiento del futuro Estado argelino. El gobierno francés acabó por ceder, pero se puede considerar que la guerra de Argelia casi duró un año más, únicamente por el petróleo de Sahara.

En los acuerdos de Evian, se estipuló que el Estado argelino «sucedería al Estado francés en sus derechos, sus prerrogativas y sus obligaciones de potencia que concede».

Pero unas semanas antes de los acuerdos de Evian, el código petrolero que regía las relaciones de las sociedades con el Estado francés fue modificado en un sentido favorable a las sociedades, particularmente en el dominio fiscal y en el dominio del control del Estado.

Desde 1964, los dirigentes argelinos, que no pudieron optar los acuerdos de Evian, reclamaron su revisión en el orden petrolero. En Junio de 1965, hubo un nuevo convenio de cooperación petrolera que ambas partes consideraron como ventajoso. En este convenio había la creación de una sociedad común para la investigación y la explotación de los hidrocarburos en un perímetro juzgado particularmente interesante y también había la creación de una sociedad de cooperación industrial mixta, con una suma de mil millones de francos entre los cuales 200 millones no eran

reembolsables y 800 millones lo eran en 20 años. Como contrapartida, había la confirmación de las concesiones a las sociedades francesas y la aceptación de un régimen fiscal privilegiado para ellas.

En los años 1967 y 1968 se efectuaron un cierto número de nacionalizaciones, con rescate, de sociedades extranjeras, por la mayor parte amistosamente. Así, la Sonatrach, sociedad de Estado argelina, controló el 50 % de las investigaciones, el 30 % de la producción, el 70 % de los transportes y el 100 % de la distribución interior ; además, se reservaba la totalidad de la explotación del gas natural y el 80 % de la petroquímica. En Octubre del 68 intervino un acontecimiento importantísimo : la firma de un convenio entre la Sonatrach y una sociedad norteamericana la Getty, particularmente ventajoso con respecto a los convenios con las sociedades francesas. Esta sociedad cedía el 51 % de los intereses que tenía en Argelia reembolsables con las entregas de petróleo de las cuales la Sonatrach iba a disponer conforme a esta cesión. Había también otras ventajas en lo tocante al cálculo de los censos fiscales debidos al Estado argelino, y financiamientos para infraestructuras con condiciones interesantes.

Al contrario, en 1970, Francia se negaba a examinar de nuevo las condiciones fiscales que resultaban del convenio de 1965, mientras que, a escala internacional, las condiciones se habían vuelto más ventajosas para todos los productores petroleros. Las condiciones que las sociedades francesas imponían al Estado argelino seguían pareciendo a un pacto colonial. Ante el rechazo de negociar de las compañías francesas, Argelia acabó por imponer sus condiciones : en Febrero de

1971, nacionalizó el 51 % de cada sociedad francesa y revisó la base de cálculo de la fiscalidad, aumentándola. La nacionalización, con rescate, venía a ser casi lo mismo que tomar el control de las sociedades comprando para las principales sociedades el 2 % de las acciones, más para algunas otras, lo que llevaba la participación de la Sonatrach al 51 %. Ante esta decisión unilateral, Francia intentó bloquear. Pero acabó por firmar un convenio en Junio, después de darse cuenta de que los USA no la iban a seguir en este terreno.

El imperialismo francés no buscaba la ruptura. Los dirigentes argelinos tampoco, ya que a cada etapa intentaban conciliar. Sus relaciones con el antiguo poder colonial siempre fueron marcadas, de 1962 hasta hoy, por esta política de rodeos. Además de que Argelia no deseaba romper con Francia, antes de ganar el control de los hidrocarburos, necesitaba adquirir competencias, hallar capitales, y por eso es que tampoco deseaba nacionalizar de la noche a la mañana todas las sociedades concesionarias.

Además, Francia que tenía que comprar el vino de Argelia, mero producto colonial, cuya cantidad se elevaba a 18 millones de hectolitros en 1962, sólo compraba cuatro en 1968, pese a sus compromisos. Es para replicar a esto que en este mismo año de 1968, el gobierno argelino nacionalizó unas cincuenta empresas francesas. Como se nota a través de los ejemplos de la batalla de los hidrocarburos o de la del vino, la lucha para la independencia siguió llevándose después de los convenios de Evian, pero esta vez bajo formas larvadas y a merced de las circunstancias, en el terreno económico y no en el plan militar.

Hoy, Argelia está en posesión de

la mayor parte de sus recursos petroleros.

Pero sólo controla esa riqueza en los límites dentro de los cuales puede controlarla un país subdesarrollado, obligado a pasar por el mercado mundial al que dominan totalmente los grandes trusts del petróleo y los Estados de las potencias imperialistas.

La independencia del Estado argelino le permite, en cierta medida, negociar con tal potencia imperialista y no con tal otra —además, hoy en día, la clientela norteamericana ha suplantado la clientela francesa— pero no de escapar a la desigualdad fundamental de los intercambios entre países pobres y productores de materias primas y potencias imperialistas ricas.

LOS INTENTOS DE INDUSTRIALIZACIÓN

Los hidrocarburos han beneficiado en primer lugar de las inversiones hechas por el Estado argelino para desarrollar su industria. Entre 1962 y 1977, la producción petrolera pasó de 20 a 53 millones de toneladas, y la producción actual de gas natural licuefacto —que debe tomar el relevo del petróleo cuyas reservas podrían hallarse agotadas dentro de 15 a 20 años— actualmente de 7 mil millones de metros cúbicos, tendrá que pasar a 70 mil millones en 1985. Argelia aumenta su deuda exterior para poder equiparse a fin de explotar su gas, cuyo cliente principal, si se respetan los contratos, serán los Estados Unidos con 40 mil millones de metros cúbicos en 1985.

La siderurgia también es uno de los sectores importantes de la inversión del Estado argelino. Ha construido y sigue construyendo complejos gigantescos que deben

llevarle a dotarse de capacidades productivas que varían entre el tercio y la mitad de la producción francesa.

Pero una parte importante, incluso decisiva, de los esfuerzos de industrialización se hace en sectores cuyo desarrollo no acaba con su situación de proveedor de materias primas para los países imperialistas que le otorgan capitales en la medida en que estos sirven sus objetivos económicos. Así, por ejemplo, el complejo de licuefacción de gas natural —uno de los más importantes del mundo— se está construyendo con la ayuda de capitales norteamericanos. Préstamos acondicionados, que hacen de Argelia uno de los proveedores habituales de los Estados Unidos en gas natural, pero que limitan igualmente sus futuras posibilidades de regateo. Más del 90 % de las exportaciones de Argelia, las componen los hidrocarburos. Así pues, el Estado independiente permanece integrado a la economía mundial y a la división mundial del trabajo, en tanto que productor de materias primas, es decir al igual de todos los países subdesarrollados, permaneciendo totalmente bajo la dependencia de las potencias imperialistas.

Al crear empresas en varios sectores de la industria de transformación —camiones, tractores, bicicletas, abonos, etc.— los dirigentes argelinos intentan sin embargo dirigirse hacia cierta diversificación industrial. El fin de la dominación colonial que, en este dominio, imponía a Argelia la posición de simple plaza de consumo para productos hechos en la metrópoli, ha quitado uno de los obstáculos en esta dirección. Pero sólo uno de los obstáculos. Y cualesquieran que sean sus esfuerzos, Argelia no tiene, como tampoco ninguno de los

países subdesarrollados, la posibilidad de darse una economía desarrollada compleja, diversificada, tal como la tienen países capitalistas desarrollados de población comparable a la de Argelia. (Bélgica o los Países Bajos por ejemplo.)

En los países desarrollados, la existencia de tal economía diversificada es el resultado de una larga evolución histórica, que va en el sentido de un aumento incesante de la división del trabajo, lo que se plasma, en economía capitalista, en un mercado interior importante, y en posiciones importantes en el mercado internacional.

Y la larga evolución que permitió a países ricos a que alcanzaran tal diversificación económica, se hizo sobre la base de la explotación y del saqueo de la mayor parte del globo, y de Argelia precisamente.

Gracias a una política estatal voluntarista, Argelia ha hecho ciertos progresos en el sentido de estas diversificaciones. Pero un amplio desarrollo sobre una base capitalista tropieza con la debilidad del mercado interior, con la debilidad del rendimiento del trabajo por falta de máquinas, con la pobreza de la mayor parte de la población, con la necesidad de consagrar esfuerzos particularmente importantes para los recursos de un país pobre, para dotarse simplemente de infraestructuras como carreteras, electrificación, etc., para tratar simplemente de elevar el nivel cultural de formación del conjunto de la población, o por lo menos para luchar contra el analfabetismo.

Todo esto, dentro de un medio ambiente internacional muy hostil a que Argelia, al igual que los demás países subdesarrollados, escape precisamente de su condición de país subdesarrollado, limitado a

ciertas tareas subordinadas en la división internacional del trabajo.

Argelia sólo tenía como alternativa, o entregarse atada de pies y manos al mercado mundial, abriéndose a sus productos y produciendo en su dirección, o aislarse completamente para tratar de constituir un mercado interior. Pero, en ambos casos no era posible que se saliera del subdesarrollo. Optó por una vía entre las dos, de todas maneras costosísima. Es así que se invirtió en 1977 el 50 % del producto interior bruto y que el segundo plan cuatrienal de 1974 a 1977 preveía 130 mil millones de inversiones, es decir tres veces menos que Francia pero que tiene recursos diez veces menos elevados.

El peso, para poder liberar tales recursos, lo tuvieron que llevar los obreros y los campesinos argelinos. Y es un régimen de austeridad que no ha parado de reinar desde la independencia. Si la producción industrial ha decuplicado, la producción agrícola casi no ha aumentado más que la progresión demográfica, habiendo pasado la población de 10 millones a 18 millones de habitantes entre 1962 y 1977. La agricultura sólo ha beneficiado del tercio de las inversiones industriales, y la pauperización del campo, al igual que el éxodo rural, se ha acentuado. El déficit alimenticio de la producción argelina ha aumentado igualmente y pesa en el déficit de la balanza comercial.

El consumo alimenticio por habitante casi no ha cambiado desde 1962. El consumo de cereal, que permanece el alimento de base, queda estacionario, los frutos y legumbres están en leve alza, y el consumo de carne permanece a un nivel muy bajo (en promedio de 6,5 kgs por año en 1975). En las ciudades donde la

población ha aumentado en proporciones considerables, el problema de la vivienda se plantea de manera aún más aguda que inmediatamente después de la independencia. El subempleo sigue siendo un problema crucial para Argelia donde sólo el 22 % de la población en edad para trabajar está ocupado.

En cambio una nueva burguesía prospera y se muestra de manera vistosa. Coches lujosos, villas, servidumbre, son el atributo de los comerciantes que prosperan, de pequeños industriales, de altos ejecutivos o funcionarios bien instalados de una administración en pleno desarrollo.

Las razones fundamentales de la pobreza de Argelia, de su subdesarrollo y de la imposibilidad de salirse de esto radica en la dominación imperialista sobre el mundo. La explotación del proletariado, la de los pequeños campesinos trabajadores, en la cual se funda la dominación del capital en el mundo, se presenta bajo una forma particularmente brutal en los países subdesarrollados.

No hay emancipación económica y social posible para Argelia como en los demás lugares fuera de la revolución socialista; fuera del derrocamiento revolucionario de la burguesía a escala mundial. Es decir fuera de una perspectiva política a la que se oponen intensamente los representantes políticos de la burguesía, incluso los nacionalistas más radicales de los países subdesarrollados.

Sin embargo, incluso en el marco de una perspectiva burguesa nacionalista, los dirigentes argelinos no han optado por la vía más radical. Ni siquiera trataron de apoyarse en el

consenso popular de que gozaban por haber encabezado la lucha de emancipación nacional, en vista de efectuar ciertos trastornos sociales, no obstante compatibles con las perspectivas burguesas.

No solamente se han arreglado con la débil y retrógrada burguesía nacional, sino que también se han apoyado y se han servido de ciertos de los aspectos más anacrónicos y reaccionarios de la vida social. La condición de la mujer argelina o el uso y el fortalecimiento del Islam en la vida pública, son significativos de este punto de vista. En Argelia no hubo nada de los trastornos sociales realizados en China por ejemplo, y que sin embargo no tenían nada de socialista, pero que permitieron a la sociedad de librarse de ciertos de sus aspectos más medievales.

Las vacilaciones del poder con respecto a la reforma agraria, incluso más allá de los problemas económicos y sociales que planteaba, son significativas de las opciones políticas de los dirigentes argelinos. Por cierto, se nacionalizaron o a veces se repartieron las tierras que pertenecían a los terratenientes franceses. Pero el poder no había tocado a los grandes terratenientes argelinos; y es sólo al cabo de varios años que el poder proponía una seria reforma agraria, además inaplicable.

Al pedir sacrificios a las solas clases explotadas, el nuevo poder en Argelia se conduce como cualquier otro poder burgués, aunque evoque para eso, con mucho más verosimilitud que las burguesías occidentales, la necesidad de desarrollar y de modernizar la economía.

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : France	FF 5
Spain	ptas 80
USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :
Ordinary : FF 60 *Closedmail* : FF 120
-By air :

<i>Ordinary</i> :	
Europe, French speaking Africa,	
Guadeloupe, Reunion, Guyane,	
North-Africa	FF 60
French Polynesia, New Caledonia,	
Madagascar	FF 70
All other countries	FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.